

Una Bestia Mentora

Juliana Vargas Leal

Image not found.

Capítulo 1

Una Bestia Mentora

Los ojos ámbar que de pronto se posaron en Cálamo lo atemorizaron hasta la expulsión de todos sus desechos. Esta vez no podría traspasarlo. Moriría...moriría...El gato se abalanzó sobre él como si fuera la sombra del viento y supo que no podría ser lo suficientemente rápido. Sin embargo, esquivó al monstruo con unos reflejos propios de un halcón, no de un viejo moribundo como él. Con una velocidad sobrehumana, corrió por entre una especie de túnel que parecía una cañería y escapó del gato gigante.

"¿Qué es lo que me está pasando? ¿Será que estas ilusiones son la vivencia del limbo?", pensó Cálamo. No podían ser simples sueños. Eran demasiado vívidos, de una fantasía tal que se confundía con la realidad como un danzante sobre el agua. El miedo se lo decía, al igual que los latidos de su corazón, el olor húmedo que lo ahogaba y la perspectiva aguda con la que ahora observaba el mundo.

Desde hacía varias noches que soñaba lo mismo. *"No, no sueño, vivo en un segundo cuerpo que no he podido reconocer"*. Tal vez era otro gato diminuto, tal vez un gnomo, tal vez un puercoespín. No importaba, nada importaba en realidad, ni siquiera la transformación de su cuerpo humano en una criatura irreconocible. Escaparía de felinos infernales, correría por entre las pezuñas de caballos gigantes y escalaría coches por llegar hasta su príncipe cada noche. Estaba viejo y enfermo, pero cuando cerraba los ojos y soñaba sin soñar, al final de su recorrido siempre terminaba sobre el lecho del príncipe Alfonso. Esa noche no fue la excepción.

—Mi príncipe, mi "Cametes", mi "Piernechitas", ¿cómo se encuentra esta noche? —le dijo al entrar en su habitación.

—¡Llegaste! —contestó con entusiasmo el príncipe. Los rizos castaños del niño le hicieron cosquillas cuando lo cogió con suavidad y lo abrazó contra su pecho— ¿Qué noticias nuevas traes hoy?

—Había un niño vestido con harapos. Caminaba por la calle Enrique IV cuando un balde de excrementos le cayó encima.

—¿¡Qué?! —exclamó el niño.

—Ya ves, mi príncipe. Por más que la mujer del balcón gritó "¡agua va!", el niño no logró apartarse.

—¿Por qué no usó el alcantarillado?

—Existen partes de este país donde ni a eso tienen acceso las personas.

El príncipe permaneció en silencio por un tiempo. No salía mucho del palacio, y cuando lo hacía, mantenía sentado dentro de un carruaje con toda una corte detrás. Algo como un "¡agua va!" no tenía cabida en su vocabulario, un niño en harapos no hacía parte de su imaginario...y, no obstante... ¿acaso Cálamo sí hacía parte del bestiario de su príncipe? Cuando despertaba, en las ocasiones en que tenía fuerzas había investigado si alguna vez en la literatura una criatura mitológica había servido de mentora, pero su investigación no había dado frutos ¿Quién era él para ser el primer mentor bestia? Ni siquiera sabía qué era, mucho menos podría asesorar al futuro Alfonso XIII.

—Cuando sea rey, todos tendrán servicio de alcantarillado, sin importar su estrato social.

—Eso está muy bien, mi príncipe. Ahora, ¿usted me tiene alguna noticia?

La sonrisa que Alfonso le regaló fue noticia suficiente.

—Se me cayó otro diente.

—Bueno, en ese caso tendré que darte un regalo a cambio. —Cálamo sonrió, o al menos eso creyó, *"¿será que en este estado podré devolverle la sonrisa a mi Pierrecitas?"*.

En ese momento, los ojos del Padre Cálamo se abrieron y regresó a la realidad. Se encontraba postrado en una cama con dosel. Frente a su lecho, una leve fogata iluminaba la chimenea, otorgándole cierto calor a la estancia. Tal quietud y dolor corporal hacían que prefiriera enfrentarse a gatos gigantes...o incluso morir. Ya no podía aguantar tanto sufrimiento.

—...Agua...— susurró el Padre Cálamo con labios secos. La enfermera que se sentaba cerca a él se paró de inmediato y le acercó un vaso a los labios.

El líquido que bajó por su garganta le dio algo de ánimos, y tristeza, y compasión de sí mismo, y vergüenza, y rabia. Sólo en los últimos instantes de la vida es que se disfruta esos pequeños placeres. *"¿Cuánto tiempo me queda, Dios?, ¿qué será de mí una vez expire mi último aliento? Dímelo, te lo suplico"*.

—¿En qué nos transformamos una vez morimos? —se encontró preguntando el padre Cálamo sin pensar mucho en lo que estaba diciendo.

—Padre, yo...yo no soy nadie para contestar aquella pregunta. —La mirada de la enfermera denotaba preocupación—. Usted es quien tiene la fe y la iluminación suficiente para contestar esas cuestiones, traté de recordar.

"Ya cree que estoy muriendo, ¿será así? Dios, ¿ya es mi hora?". Justo cuando perdía las esperanzas e intentaba entregarse a la oscuridad, una pequeña silueta apareció en el umbral.

—Padre Cálamo...— dijo con temor el príncipe Alfonso.

—Mi Piernechitas. —El padre tosió—, ¿cómo amaneciste?

—Padre, yo...no sé.

El niño se acercó con pasos cortos y lentos al lecho. Tenía la mirada clavada al piso y los labios fuertemente apretados. Al llegar junto al padre, no aguantó más y una lágrima resbaló por su mejilla.

—¿Qué sucede, mi príncipe? —preguntó el padre, posando su mano sobre el hombro de Alfonso—. Seguro podemos arreglar lo que sea que te esté entristeciendo.

—Padre, es que yo...es que yo he estado soñando.

—¿Tienes pesadillas, mi Piernechitas?

—No, Padre. Son sueños bonitos. No quisiera despertarme jamás.

—¿Entonces lloras porque te despertaste? —El padre le regaló la sonrisa que no había podido esbozar en aquel sueño que no era sueño.

—Padre...he tenido los mismos sueños desde que usted...—el niño tomó aire—. Desde que usted enfermó. Sueño con un ratón. Sueño que hablo con él.

—*"Un ratón... ¿soy un ratón?"* ¿De qué habla con el ratón, mi príncipe?

—Él recorre distintas partes del país y me cuenta lo que ve. Me ayuda a...me ayuda prepararme para ser un buen rey. —El niño levantó por fin la mirada. Sus ojos llorosos translucían miedo— ¿Usted cree que esté mal? ¿Cree que no debería prestarle atención al ratón?

—¿Qué sientes por ese ratón, mi príncipe?

El príncipe dudó un momento antes de contestar.

—A veces...a veces siento que estoy es con usted, padre Cálamo. Me guía,

me consuela y hasta me da regalos a cambio de dientes.

—No está mal, mi príncipe.

—Tengo miedo...El ratón se veía triste la última vez que hablamos. No quiero que me abandone, no quiero que usted me abandone.

—Por eso no se preocupe, mi príncipe. —El Padre Cálamo le revolvió el cabello a Adolfo—. Escúchame bien. Yo nunca, nunca te voy a abandonar. Ahora ve a desayunar. Yo descansaré un rato más.

Adolfo le sonrió y abandonó la estancia. La enfermera no había mudado de semblante en todo el rato; de hecho, pareció inquietarse aun más.

—Ya sé que me ocurrirá cuando muera —dijo el Padre, tranquilamente.

—Padre, ascenderá al Paraíso como el buen hombre que es.

—Sí...ascenderé...seré la primera bestia mentora de un rey.

Ya no importaba morir, ya no importaba nada en realidad. Sería un ratón, y lo sería con orgullo, pues el valioso tesoro que había buscado era ser capaz de creer en sí mismo.